

Seix Barral Biblioteca Breve

Lluís Llach

Memoria de unos ojos pintados



¿Quiere que se lo diga, señor director? El único de su cuerda capaz de imaginar la Barceloneta de aquellos tiempos, el único que se acercaría de verdad, que pintaría los olores, los colores... ¿cómo le diría?... la mística, eso es... ¡la mística!... el único sería Fellini. El Gran Fellini. Sólo él, no lo dude. Si aquel hombretón romano hubiera nacido en la Barceloneta la habría contado de maravilla e incluso habría bordado otra obra maestra. ¿Conoce a Fellini? Es usted tan joven... Yo visioné cien veces *Amarcord*. Esa inmensa obra de arte llegó justo cuando yo bordeaba los sesenta años, y cada vez que la veía pensaba lo mismo: ¡Ah! Si este hombre hubiera vivido en mi Barceloneta... Lloraba en el cine, ¿sabe?; aún ahora, cuando la reviso, no puedo pintarme los ojos... Qué quiere, aquí ningún genio ha sabido transmitirlo. Mejor dicho, aquí, en el cine, yo diría que no tenemos genios. Nadie ha contado mi historia, y cuando digo mía no me refiero a mí... Usted ya me entiende... También tengo que confesarle que aunque sólo soy un pobre amante del cine, vistas las mediocridades supinas y grandilocuentes que han enmarañado la narración de aquellos años, casi prefiero que no se hayan dedicado a ello... Perdone, porque con mi sinceridad debo de rozar la mala educación y no tendría que hablar así sabiendo que tiene usted el proyecto de hacerlo. No lo dude, le deseo lo mejor, y tampoco le escondo que gente de mucha confianza me ha asegurado que tiene usted un gran talento, pero... cómo quiere que se lo diga, yo tengo en la cabeza una película soñada que evidentemente sólo habría podido hacer el inmenso Federico... Seguro que lo conoce, ¿no?... Bien, oiga, corto y perdone, le dejo tres minutos, le hago el café y se lo traigo.

Lali ya me avisó. Pero no pensaba que ese viejo presuntuoso fuera tan difícil de aguantar. Me revienta tanta petulancia senil. Sin embargo lo soportaré, ¡por supuesto que lo soportaré! Lo que haga falta.

Lali dice que ese hombre tiene una vida que podría ser un buen guión de cine, y Lali casi siempre acierta. O sea que, aunque acabe con el hígado hinchado de tragar mala leche, le aguantaré lo que haga falta.

Hay que decir que el tipo compone un personaje interesante. Cuando hace unas semanas me abrió la puerta por primera vez y se me presentó con los ojos descaradamente pintados con unas líneas azuladas, vulgares pero estudiadas, que le dan ese aspecto estrafalario, me quedé de piedra. Y ahora el muy cretino me pregunta si conozco a Fellini.

Por supuesto que me sorprendió. No me lo esperaba y me quedé pasmado. El primer round fue para él y por KO. Un hombre de ochenta y siete años se te presenta con los ojos de esa guisa y te dices «¡Hostia!». Por mucho que vayas con la pose de que pasas de todo y de que ya no hay nada que pueda descolocarte.

Lo que más jode de él es cómo despliega su gesto extravagante. Viste con elegancia, tiene un cuerpo fuerte, proporcionado y debe de acercarse al metro ochenta. Movimientos sosegados y armoniosos. Cabello blanco con algún mechón rubio que se amolda perfectamente a unas facciones bellas, viriles... Uno de los mejores ochenta y siete años que he visto nunca, aunque no es que me guste reconocerlo y, como dos focos encima de esta planta excepcional y sin ningún amaneramiento, los ojos pintados. Exagerados pero sin desmesura alguna en la expresión. Todo llevado con una naturalidad evidente, como si nada le hi-

ciera pensar que podría ser observado como un abuelo ex-céntrico. Debe de ser por esa actitud elegante que el despropósito de sus ojos adquiere una fuerza provocadora. Te entran ganas de cotillear, de saber más, o como mínimo de averiguar qué cojones esconde tras el grotesco escaparate que se ha montado. Y el malnacido lo sabe.

Claro que lo sabe. Y seguramente juega conmigo. Necesito su historia como el pan que como, y nunca mejor dicho. Los productores te dicen, cuando tienes la suerte de que te digan algo: ahora lo que toca es cine de recuperación histórica, que es lo que vende..., y a obedecer. Hace más de tres años que tengo en mente mi proyecto y aún no he conseguido que ninguno de esos cabrones se interese por él. Sé que son tonterías, pero siempre me ha obsesionado hablar de sentimientos truncados, de relaciones sutiles, de descubrimientos a contratiempo... Tres años sin que nadie te diga ni mu... vas de cabeza al pequeño documental para alguna televisión provinciana. «Los pájaros enjaulados: angustias y depresiones.» Y eso si tienes suerte...

Te necesito, abuelo presuntuoso. Lali tiene una nariz de bruja experimentada para las buenas historias, y la tuya seguramente lo es. Te escucho, te adulo y, si tan buena resulta, cojo al mejor guionista... quizá lo podría hacer Puigcerver... Lo llevo a mi terreno, eso quiere decir como mínimo un año de trabajo, y si el productor no se desdice empiezo a rodar antes de que los pájaros enjaulados me arruinen el poco talento que me debe de quedar. ¡Sí! Te necesito. Y ahora, cuando vengas con el café y aparezcas por esa puerta, te sonreiré como lo haría un seductor italiano que acabara de ver a la Magnani jugueteando con una erótica tacita en sus manos, las más sinuosas de Italia.

Este chico tiene unos labios carnosos, llenos, lástima que los estropee con una sonrisa forzada. Debe de pensar que esta vieja maricona se ablandará con la melancolía de sus encantos. Se esconde tras esas gafas necesariamente tan modernas, como se llevan ahora. Pobres jóvenes, cómo se tienen que ver. Le quitan viveza a sus ojos. Los tiene muy vivos. Espero que sea la viveza de la inteligencia, y no un tic nervioso bien disimulado. Seguro que estos chavales de hoy no saben apreciar un café de verdad; querrá amansarlo con azúcar. ¿Dos cucharaditas? Qué dice, dos no, ¡tres! Lo sabía. Mi café configurado... Me gusta decir configurado, en la narración meteré unos cuantos *configurados*... Pues como decía, configurado con la selección de las mejores variedades llegadas de todo el mundo y escogidas por mi maestro cafetero de Santa María del Mar, y a este botarate sólo le hacen falta tres azucarillos para desfigurar todo su carácter. Qué más da. Serán tres terrones. Pero se los removerá su tía. Pellicer, que está muy al día de lo que pasa en el mundo del cine, me ha dicho que, de entre las jóvenes hornadas de directores, parece que este que tengo delante es el que tiene más crédito ante todos. Se llama Lluís Sedan. Me ha resultado fácil recordarlo por el nombre del coche. Últimamente en mi memoria se van cerrando armarios y ventanas, y cada día se hace más difícil pasear por el laberinto de pasadizos donde has ido almacenando lo que quieres o puedes recordar de la vida. Dicen que cuando pasa esto es positivo fijar referencias, que así alargas la agonía neuronal. Por eso lo tengo aquí. Quiere que le cuente mi vida pero en realidad mi vida le importa un pimiento, él lo que quiere es una historia que le haga olvidar su yermo vital y le inspire para la próxima película. Ahí está, me mira emocionado y convencido de que proyectará mi persona a la posteridad y, mientras me observa, mide la suerte que he tenido por haberme elegido a mí. Pero da igual. Le diré que sí. Le diré que sí a pesar de la sonrisa que le estropea los labios. Le regalaré mi vida, mi único tesoro.

Ochenta y siete años vividos y contruidos día a día, entre la ira de los dioses y el escarnio de los demonios, la pasión y el asco, la heroicidad de un gesto y la mediocridad de todos los demás, el amor que no muere y la muerte del que enamora... Hoy parece que estoy fino. Le regalaré la historia de mi vida porque únicamente legándola no morirá conmigo. Lo haré tan sólo por eso. Y tú, joven orejudo, serás el depositario y, si hay suerte, que lo dudo, el encargado de contársela al mundo con un grito más alto y fuerte de lo que yo nunca podría bramar.

PRIMERA GRABACIÓN

Pues sí, señor director, la Barceloneta de los años treinta era un escenario magnífico para unos adolescentes como nosotros. Y digo nosotros porque fue una adolescencia coral, a cuatro voces, cuatro corazones amigos, cuatro para todo lo que pudiera pasar. La pandilla de los cuatro, dos chicas y dos chicos que nacimos casi juntos y con pocos meses de diferencia mientras se escurría el año 1920.

Seguramente ahora lo veo con los ojos nublados por la nostalgia, pero me atrevería a decir que aquel barrio, su configuración, el carácter de su gente, las tormentas sociales de aquel tiempo y de aquel país, la caída de la luz entre los balcones llenos a reventar de ropa sin vergüenzas, las barcas tendidas delicadamente sobre la playa, o incluso los viejos paquebotos y mercantes moviéndose agónicos por el puerto, lanzando los profundos aullidos de sus sirenas... todo ello era un magnífico decorado para que cuatro niños dejáramos allí la huella de nuestras vidas. Bien mirado, el barrio, la ciudad, el país, eran como un grandioso y pintoresco escenario donde cada uno de nosotros tendría que representar su papel, como en una obra de teatro que, como pasa con las grandes piezas dramáticas, acabó por engullirnos a todos.

Sin nuestro barrio, el mar no habría sido nunca de la ciudad, quizá un incidente orográfico que algún poeta habría aprovechado para afilar versos suaves de lirismo tronado. El mar en Barcelona únicamente latía por un corazón, y

ése era nuestra barriada. Para el resto de los barceloneses tan sólo era una buena excusa para disimular el aburrimiento familiar de un domingo por la tarde, o el espacio concreto de donde venían la mayoría de las mercancías que necesitaba la gran ciudad. Para ellos, nosotros y nuestro barrio éramos solamente la estructura musculada y barata que se requería para que llegasen a la ciudad muchas de las cosas que ésta devoraba, y poco más.

Casi toda la gente de la Barceloneta dependía del mar. Unos cargando y descargando los vientres oscuros y apestosos de los barcos. Otros saltando ágilmente detrás de las piñas de rosa que arrastraban los cabos con que se amarraban, endurecidos por el salobre y pesados de humedad. Algunos más privilegiados, los menos, trabajaban en los servicios del puerto, desde los prácticos hasta los encargados de seguridad. También había quien se dedicaba al contrabando de toda clase de artículos prohibidos demandados por una ciudad asolada por la pobreza pero que se quería cosmopolita y burguesa. Quedaban los marineros que, desarraigados desde siempre, se enrolaban en los barcos que partían vete tú a saber hacia qué sueños. Y finalmente, como en un mundo aparte, estaban los pescadores, que adornaban el paisaje con sus barcas en el muelle, o varadas en la playa, y que, con gestos tan pacientes como atávicos, las llenaban hasta arriba de redes y aparejos.

Todos los aromas del mar estaban allí, en nuestro barrio, suspendidos en el aire y siempre a punto para que cualquier brizna de viento los hiciera circular por el entramado de callejuelas, entrar por las diminutas puertas de las casas, ascender por las escaleras humildes y oscuras hasta nuestros pisos, donde penetraban y poseían objetos, armarios, alfombras, sábanas... Pero por encima de todo nos poseían a nosotros.

Así pues, no le extrañará si le digo que nací en la calle del Mar, en el número 6, en un segundo piso pequeño, pobre y recalentado. Como casi todos los jóvenes de ese entorno, mi padre fue un marinero que se enrolaba en cualquiera de los muchos barcos que iban y venían. Todavía adolescente, ya le seducía la capciosa libertad que le ofrecía el mar, el sentimiento de que hacía y deshacía según le viniese en gana y más le conviniera. «Mal pagados pero con el mundo en los bolsillos», como decía él. Quizá sólo sea un espejismo, y sin embargo es algo que desde siempre ha atraído a los hombres algo peculiares hasta los viejos puertos de todo el mundo.

Josep Massagué i Fita hizo su primer viaje cuando apenas tenía catorce años. Eran tiempos en que los niños, ya adolescentes, tenían que buscarse la vida, y a fe que él sabía dónde buscársela. Había perdido a sus padres muy joven. Por cierto, nunca supe cómo, porque en casa sencillamente no se hablaba de ello, y punto. Seguramente eso le obligó a espabilarse antes de tiempo y a aprender a flotar entre los remolinos de aquella sociedad. Con pocos años ya conocía la mayor parte de los puertos del Mediterráneo. A los veinte había hecho dos travesías oceánicas, hasta América y Asia, y ya presumía orgulloso de que sólo le quedaba zarpar hacia Australia para hacerse ciudadano del mundo. Esto último, señor director, era otra de sus obsesiones.

Mientras esperaba esa ventura, se enroló en un viejo paquebote llamado *Sirena*, que cubría como podía, y nunca mejor dicho, una ruta semanal que iba de Sóller hasta Sète, pasando por Barcelona. En aquellos tiempos, señor director, había líneas marítimas hoy impensables. El hecho es que la ciudad de Sóller siempre había mantenido relaciones comerciales con Sète, e incluso era tradición que los chicos jóvenes y ricos de Sóller prefiriesen ir a estudiar a la

Universidad de Montpellier, aunque sólo fuera para llevar la contraria a los de Palma, que venían a la de Barcelona. Sea como fuere, en una de sus muchas estancias en Sète, y mientras dejaba pasar el tiempo tomándose un vaso de vino en un *bistrot* de ese bellissimo puerto, se enamoró perdidamente de una joven risueña y rubia, hija de los propietarios de la taberna, a la que le pidió dos chatos de vino, tres cafés y dos cervezas sólo para mirarla de arriba abajo cuando iba y venía para servirlo con un movimiento ondulante que lo dejó hechizado.

Marie tenía un cuerpo firme y bien perfilado, y unos ojos que parecían dos faros centelleando señales que cualquier marinero sabría apreciar y que acabaron sometiendo para siempre el corazón y las hormonas de mi padre. Después de todo, Australia quedaba demasiado lejos. Las islas, sirenas y puertos riquísimos que le estaban esperando se diluyeron en una tormenta de sentimientos y deseos tan inaplazables que le obligaron a cortejar a aquella chica durante un año, hasta conseguir que Marie Guillaume aceptara ser su compañera. En aquel tiempo y circunstancias, cortejar a Marie quería decir cortejar también a sus padres, que, en definitiva, eran los que tenían que darle permiso para llevársela. Lo hizo con tozudez y, como siempre que se empeñaba en algo, convencido de que lo lograría.

Quizá a usted le sorprenda si le hablo de una Francia muy débil y desangrada por la primera guerra mundial. Pero eran otros tiempos, y aquellas personas sencillas vieron con buenos ojos que su hija se marchara, con un muchacho espabilado y sano, hacia un país del que todos decían que se había enriquecido durante la guerra gracias a su neutralidad y en el cual quizá ella tendría un horizonte más diáfano. Eso, y ver a su hija sin poder controlar ni los sentimientos ni los flujos del amor, que estaban, por decirlo de

algún modo, a punto de derramarse, los ayudó a dar su conformidad para que se fueran juntos.

Sin embargo, y a pesar de la locura de su enamoramiento, la que sería mi madre impuso una condición innegociable: si Josep Massagué la quería por mujer tendría que buscarse un trabajo en tierra firme. Nada de barcos jadeando con regresos angustiosos. Ya había sufrido demasiados años el castigo de ver a su madre escrutando el horizonte por la pequeña ventana de la cocina, esperando en vano que la humareda del barco deseado señalara el retorno del hombre de la casa. Eso duró hasta que el eje de un pistón viejo y desengrasado le atravesó la pierna a su padre, llevándose tendones y nervios y vaciándola de sangre y de vida para siempre. Nunca se lo dijeron en voz alta, pero, entre llantos y maldiciones, madre e hija confabulaban que, si con los ahorros guardados que pudieran sacar de la desgracia reunían lo suficiente como para montar un negocio, tirarían adelante un café. Ciertamente éste debería estar en el puerto de Sète, no fuera que Gilbert, que era el nombre del que sería mi abuelo francés, se muriera de añoranza. Fue por eso por lo que a la taberna donde pescaron a aquel buen chico para siempre la bautizaron como Le Paradis.

—Si tú quieres una mujer, yo quiero un hombre, y no un fantasma que aparece cuando al mar le apetece vomitármelo.

En resumidas cuentas, lo tomas o lo dejas. Y lo tomó. Josep la quería y la deseaba con tanta ansiedad que cedió al instante y se puso a buscar trabajo en cuanto volvió a casa. Le fue muy fácil. Era una ley, conocida incluso fuera del barrio, que un hijo de la Barceloneta, joven y valiente, tenía siempre un lugar en el muelle para extraer tesoros y vergüenzas de los vientres de los barcos que llegaban de cual-

quier parte. Eso ahora se llamaría un *lobby*, y funcionaba como un reloj, sobre todo si estabas afiliado al sindicato dominante, como era el caso. Y fue así como en el año 19, sin pompa ni boato, Marie Guillaume desembarcó del *Sirena* en brazos de un hombre enamorado. A partir de entonces pasó a llamarse Marí, pronunciado con una erre nada francesa pero con un acento contundente en la i.

SEGUNDA GRABACIÓN

Me parieron un año más tarde y me convertí en el centro del universo con un primer alarido que le pareció de lo más musical a la partera del vecindario, Presentació Cendra, que me golpeaba el culo sin miramientos. Poco tiempo después, cuando la teta de mi madre aún me llenaba de leche y de placer, ya decidí hacer de mi barrio el ombligo del mundo. Y hasta hoy, cuando hace tantos años que no lo piso para no lagrimear y echar a perder la nitidez de los recuerdos, la Barceloneta sigue siendo para mí el lugar donde gira la vida.

Con menos de dos siglos de existencia, ese dedo de tierra había ido configurando un espacio singular entre la amplia libertad del mar y el denso trasiego del puerto. Para los foráneos era un territorio aparte, quizá turbio e incierto, pero para los que lo habitábamos constituía un ámbito de convivencia que acabó definiéndonos a todos, y me acostumbré a hablar, disfrutar y llorar de acuerdo a la manera de nuestro barrio, prisionero entre la soledad del azul y los perfiles de una Barcelona que desde principios del siglo XX parecía despertar de una pesadilla y empezaba a explotar por todas partes.

En los recuerdos, la casa de mis padres no aparece tan minúscula como ahora sé que era en realidad. Imagino que un niño no sólo vive en los espacios que limitan con su cuerpo sino en aquellos que puede invadir con los juegos de sus sueños. Doy fe entonces de que mi casa era inmen-

sa y de que nunca percibí las paredes de ese pisito como el límite de mi hábitat. Por el lado de levante, y con una terraza asomada al mar, la casa grande llegaba hasta la playa, donde los dioses habían dispuesto en un armónico desorden las barquitas de los pescadores para que nos sirvieran de sorprendentes escondites en nuestros juegos nocturnos. Y por poniente se estiraba hasta el muelle, casi rozando los oscuros barcos y sus inquietantes ojos de buey, que derramaban secretas historias de viejos marineros que hablaban de lugares lejanos donde todo era diferente y a menudo morboso. Me daba igual si para ir de un lado a otro de la casa debía atravesar pasillos con farolas y nombres de calles. Incluso cuando la vida se me alargó más allá de la pubertad, siempre sentí el barrio como un hogar amplio y generoso.

Mi familia vivía en el segundo rellano de un edificio humilde. El piso era mínimo, apenas un comedor, la cocina y una habitación. El excusado, comunitario, estaba aparte, en un patio interior y oscuro, tras una puerta medio reventada. Cocinábamos y nos lavábamos en el mismo espacio. Más allá de los fogones de la económica, recuerdo un espejito colgado encima de la pila que no debía de tener más de un palmo y medio. Ante él, mi padre se afeitaba y mi madre se retocaba el cabello. Durante años, mirarme en él fue algo inalcanzable, hasta que un día glorioso tuve suficiente fuerza como para levantar una silla. Por lo que respecta a las necesidades más íntimas, tenías que bajar hasta el patio interior, acordándote siempre de coger una llave medio doblada con la que podías cerrarte por dentro. Si te olvidabas e ibas apurado por una evacuación repentina, se iniciaban unas carreras a menudo dramáticas que podían acabar muy mal. Debo decir que, de pequeño, mi madre no me dejaba bajar por miedo a no recuerdo qué, y tenía que soltar mis desprendimientos intestinales en un orinal

que ella se encargaba oportunamente de limpiar y hacer desaparecer.

La habitación de mis padres era el único dormitorio del piso, y albergaba el armario donde se guardaba toda la ropa y todo aquello que hiciera falta preservar, ya que era lo bastante grande y además tenía llave. A la derecha del armario estaba la máquina de coser con pedales de mi madre, todo un lujo francés que llegó desde Sète con el *Sirena* y que en diversas ocasiones se convirtió en la clave de nuestra supervivencia. Justo encima había un estante pequeño con los libros *peligrosos* que mi padre leía obstinadamente. Mi madre no permitía que estuvieran en el comedor por miedo a que yo curioseara en ellos y los dejaba en la alcoba matrimonial. La causa era yo mismo, pues según ella no hacía falta saber leer para que resultaran perniciosos y estaba convencida, decía, de que tan sólo mirando las tapas ya podían nublarne el entendimiento o incluso sorber el seso. Un palmo más allá estaba la ventanita que se abría cada día del año para ventilar la habitación, y justo debajo cabía la mesita de noche con un cajoncillo lleno de cosas pequeñas y el orinal de porcelana en la parte baja, dentro de un armarito donde quedaba escondido. Después seguía la cama, humilde y silenciosa. Yo era testigo forzoso de cómo se oían más los gemidos amorosos de mis padres que los lamentos de los muelles, aterrados ante tanta gimnasia pasional. Mi madre volteaba y golpeaba aquel colchón cada día sin falta, y una vez al año lo subía a la azotea comunitaria para que Sibil·la, que nunca cantaba y era la vecina de tres casas más abajo, lo descosiera para abrirle la panza, vaciarla de lana y cardarla. Como si se tratara de un ritual, ese día mi madre me subía a la azotea de casa y me sentaba bajo la sombra de la ropa colgada en los tendederos para que pudiera mirar embobado los brazos fibrosos y ásperos de Sibil·la dibujando gestos hábiles y malabares con unas ramas pulidas y flexibles, haciendo volar las hebras de